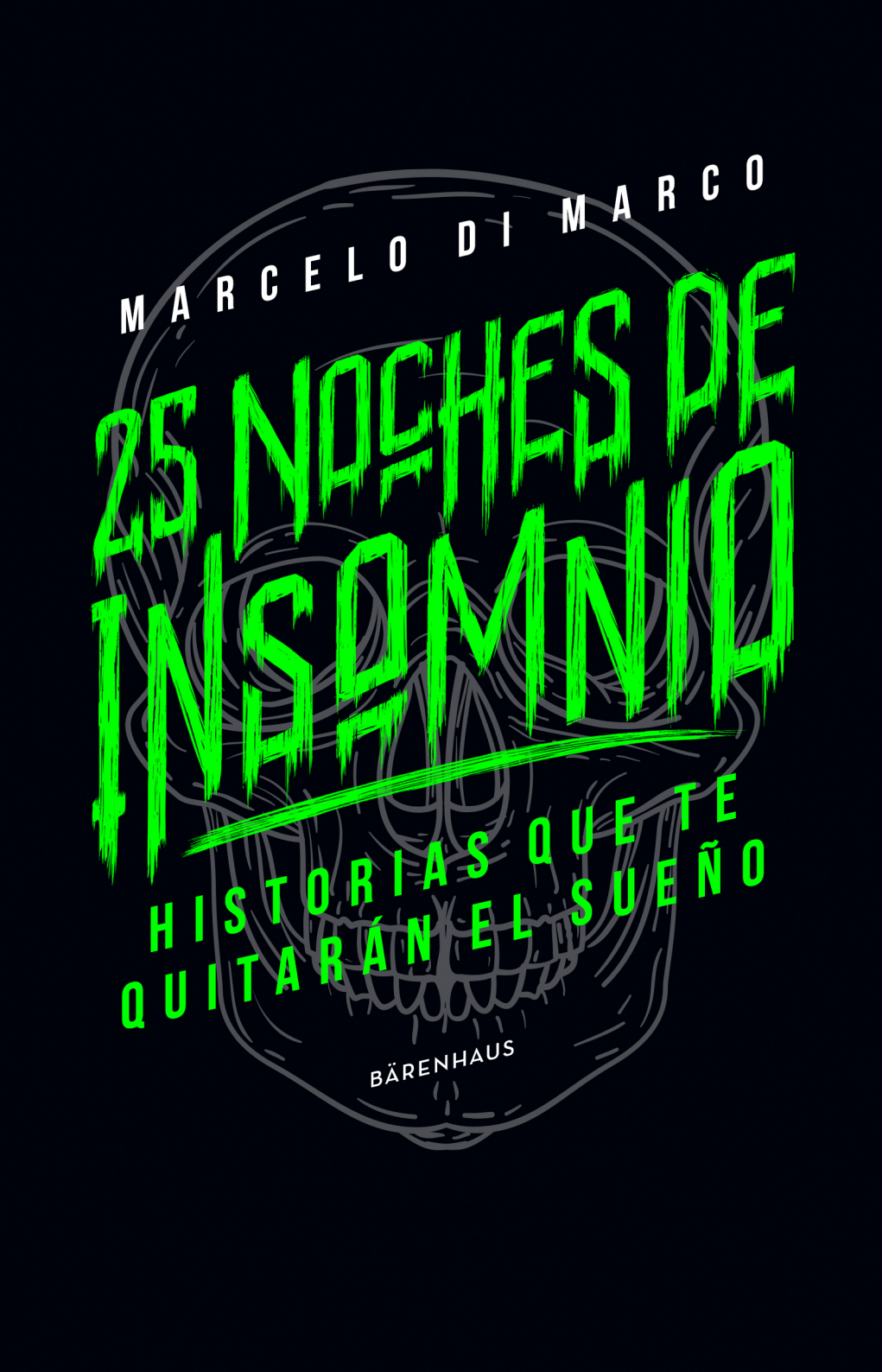
MARCELO DI MARCO

25 NOCHES DE INSOMNIO

HISTORIAS QUE TE QUITARÁN EL SUEÑO



BÄRENHAUS

MARCELO DI MARCO

25 NOCHES DE INSOMNIO

HISTORIAS QUE TE QUITARÁN EL SUEÑO

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS

PAPILLA

ahora que me dieron en brazos a la beba ya van a ver cómo soy capaz yo de cuidarla desde este sofá yo la loca de la familia yo la separada sin tener ni el secundario yo ganando un sueldo de mierda yo la que hace mil años tuvo un marido que se estaba cogiendo a la vecina durante dos años enteros delante de sus propias narices yo a la que el hermano vivía tocándole el culo cada vez que pasaba al lado el hijo de puta que él se casó bien y se recibió de arquitecto y vive en este departamentazo y tuvieron con la cheta de la mujer un hijo precioso que les dio esta primera nieta preciosa que tiene olor a bebita preciosa como todas las bebitas preciosas yo que no me pesa nada en estos brazos de laburanta que jamás llega a fin de mes mientras estos mierdas me están refregando en la cara su reputísima guita y yo se me ocurre levantarme despacio entre los parientes que ya están brindando en esta fecha inolvidable del año nuevo que será más inolvidable todavía gracias a yo que ahora me decido a levantarme del sofá con la beba en brazos yo que no le doy bola a la mujer de mi sobrino que se me cruza y me dice viste tía elena qué linda

BARENHAUS EDITORIAL

gordita y yo que no pude tener ni un puto hijo por el aborto que me hicieron de pendeja yo no le contesto un carajo a la madre de la beba y yo saliendo ahora al balcón con la beba en brazos y en el aire ya la beba y doce pisos

BÄRENHAUS EDITORIAL

EL CEREBRO DE KENNEDY

—Fue Kennedy, doctor —insistía del otro lado del escritorio el paciente, con su acento eslavo y su disonante voz de viejo a quien le falta más de una pieza dentaria—. Ya les expliqué más de mil veces a usted y al loquero que me vio al principio. ¿O es que no lo entienden? Al final yo hablo el castellano mejor que ustedes dos.

Kraszewski. Witold Kraszewski. El Colifa de la Escopeta o El Francotirador de las Barrancas, como ya se lo iba conociendo en las redes a aquel delirante septuagenario de empaque europeo y desenfadadas maneras. Y, por cierto, todo lo que estaba diciéndole al psiquiatra forense ya lo había explicado mil veces durante sucesivas declaraciones.

—Fue Kennedy —repitió, levantando temperatura—. Él es el que me ordena que haga lo que vengo haciendo. Lo que venía haciendo, mejor dicho, antes de que ustedes me agarraran. Por suerte que me agarraron, mire. Porque sepa que Kennedy, como dicen los chicos, no tiene códigos.

—¿Kennedy-Kennedy? —preguntó el doctor Duchovny, apoltronado en su sillón y presionando con

BARENHAUS EDITORIAL

el pulgar la goma de borrar del lápiz—. ¿John Fitzgerald Kennedy?

—¡Pero sí! —estalló el Colifa—. ¡El presidente Kennedy, el yanqui! Una vez por semana, en cualquier día de la semana, pero siempre a las once menos cuarto de la noche, se me aparece el puto presidente Kennedy en la cocina mientras yo lavo los platos. O en el comedor, cuando voy a mirar alguna serie.

Duchovny llevó el lápiz al bloc que al comienzo de la entrevista había sacado del bolsillo trasero del jean. "Cocina / Comedor / Disociación del eros genital y el eros gástrico" anotó, y con dos líneas paralelas subrayó esa primera hipótesis, de la que se sentía sumamente orgulloso. La mina del lápiz se le quebró al trazar la segunda línea.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—De manera que John Fitzgerald Kennedy —dijo dándole al lápiz con el sacapuntas que tenía sobre el escritorio— se le aparece una vez por semana en la cocina o en el comedor.

—Ajá. Una vez por semana, y a las once menos cuarto de la noche.

—¿Y qué series mira usted, señor Kraszewski?

El viejo alzó el mentón y miró al psiquiatra como quien no puede creer qué le están diciendo.

—¿Y eso qué carajos importa, doctor? Miro *El Show de Dick Van Dyke* y *Los intocables*. ¿Está mal?

Acá te agarré de esos huevos largos, viejo choto, se dijo Duchovny. Y disparó, mirándolo desde arriba al Colifa al apuntarlo con la nariz, desde su sillón:

—El primer paso frente a un paciente con síntomas referidos a algún posible trastorno mental es la

completa evaluación de su entorno, para excluir o confirmar la presencia de estímulos externos que determinen su conducta. En su caso, señor Kraszewski, conducta criminal. Lamento informarle que esas series que usted acaba de mencionar ya no se pasan más. Lo interesante es que, casualmente, las dos series eran transmitidas en Estados Unidos en la época en que el presidente Kennedy fue asesinado.

El asesino le echó a Duchovny una mirada indulgente. Dijo, después de armarse de toda la paciencia del mundo:

—No sé si se enteró, doctor, que desde hace más de una década existe un sitio web que nos ayuda a los usuarios a compartir material audiovisual sumamente variado. Se llama YouTube.

Me recagó, se dijo el psiquiatra, y estaba por replicar cuando el Colifa siguió diciendo:

—A veces Kennedy entra en mi pieza, cuando yo estoy leyendo o buscando en la notebook alguna información que me ayude a entender qué está pasando. El tipo entra, saluda en inglés, y me entrega un papel con las órdenes que yo debo cumplir en lo inmediato. Un papel escrito de su puño y letra. Y después me sonríe con esa sonrisa dientuda de presidente yanqui, me hace la venia, y después… ¡puf! Así como viene se manda a mudar. Está furioso y busca venganza, doctor, usted sabe. Y vaya si está teniendo éxito el *motherfucker*. Si ustedes no me agarraban, estoy seguro de que las cosas hubieran sido mucho peores. Y pensar que uno lo ve así, en las fotos, con esa carita de nene bueno.

Increíble lo que puede llegar a sistematizar la gente para sentirse viva, pensó Duchovny, y repasó sus notas mientras el hombre mayor que tenía frente a sí seguía fumándose aquella historia por cuadragésima vez. En las últimas semanas, Witold Kraszewski —culto, vecino de San Isidro, inmigrante polaco, bibliotecario jubilado, católico y viudo en primeras nupcias—, parapetado desde la glorieta de su terraza y oculto entre los jazmines que cuidaba con ejemplar esmero, se había cargado a cinco, meta bala. Para tales menesteres, el Colifa de la Escopeta había empleado un Remington 700, un fusil de caza cargado con munición calibre .308 Winchester, del cual el imputado era legítimo tenedor, según constancia del Registro Nacional de Armas.

El Colifa del Fusil, se dijo Duchovny. Así deberían llamarlo al viejo, con más propiedad, si no fuera porque, para cualquier persona promedio —periodistas y vlogeros incluidos—, toda arma larga es una "escopeta". Y Kraszewski, que en su madurez se había convertido en un excelente cultor de la caza mayor, ni siquiera había necesitado una mira telescópica o un bípode con que sostener su bruto fierro para hacer el desastre que hizo.

La extracción social, características generales y edades de las víctimas eran bien variadas. Al margen de que todos los disparos —mortíferos y certeros disparos— habían sido a la cabeza y de que la gente baleada se estaba movilizando en vehículos al momento de su exterminio, se veía que las órdenes del presidente Kennedy no guardaban ningún patrón en

BÄRENHAUS EDITORIAL

especial. Rara y pluralista venganza era la suya. En la primera semana, hacía poco más de un mes, habían caído los primeros dos inocentes: un electricista de treinta y siete años que estaba por llegar con su camioneta a una instalación en un chalet cercano al de Kraszewski, y una chiquita rubia de seis años que volvía en el transporte escolar, del colegio a La Horqueta. A las dos semanas, se produjo el tercer caso: el de la modista cuarentona y su novio, quienes justo paseaban en moto a treinta metros del apostadero de Kraszewski; murieron, con apenas segundos de diferencia, primero la dama y después el caballero —los dos iban sin casco, de cara al viento, aprovechando que últimamente los efectivos policiales se estaban divirtiendo como nunca gracias a la caza de pokemones—. En la quinta semana, el último caso fue el de un pedicuro cincuentón. Detenido por el tránsito en la esquina norte de la cuadra de Kraszewski, asomó la cabeza por la ventanilla de su Fiat Uno del 2004, para escupir, según testigos, un carozo de durazno o de aceituna.

BÄRENHÄUS EDITORIAL

Fue entonces cuando los de la Bonaerense lograron por fin ubicar el lugar desde donde se venían efectuando los disparos. Y lo lograron con la ayuda de los vecinos, a quienes los ruidos del arma molestaban sobremanera aunque no podían precisar de dónde provenían. Por supuesto, el último de los sospechosos era el bibliotecario de la cuadra, un viejo encantador que había enviudado hacía menos de un año. Un hombre de perfil diametralmente opuesto al de los asesinos seriales, dueño de una vida conservadora y

discreta. El mismo hombre que ahora lo escrutaba con ojos aviesos, escritorio de por medio y a merced del Poder Judicial.

Y en esos ojos Duchovny volvía a leer las palabras que Witold Kraszewski venía repitiendo hasta el hartazgo desde que lo habían apresado: "Kennedy es el que me ordena que haga lo que vengo haciendo".

Yo soy el que le ordenaba que hiciera lo que venía haciendo, pedazo de mierda. Yo, el cerebro de Kennedy.

¿Y eso? ¿De dónde acababan de venirle esas palabras absurdas a Duchovny, y encima dichas en inglés americano? ¿El viejo había dicho semejante delirio, o sólo le pareció a él? No, Kraszewski no había abierto la boca; desde hacía varios minutos permanecía callado, sosteniéndole la mirada. Y tampoco era ventrílocuo, o nada que se le pareciera. Puras imaginaciones suyas, seguramente inducidas por el estrés de procurar encontrarle la vuelta a todo aquel asunto. Duchovny ya estaba harto, necesitaba cerrar su informe y mandarse al country. Necesitaba apartarse de esos claros ojos inflexibles en los que brillaba la más plena y absoluta de las certezas.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Hojeó sus notas. "Kennedy es el que me ordena que haga lo que vengo haciendo", qué notable fantasía esquizoide. Una transferencia difícil de verbalizar, aunque el viejo la venía repitiendo como si fuese una verdad incuestionable. Pero, aun considerando como una loca hipótesis el hecho de que Kennedy mismo le ordenaba cargarse a tal o cual hijo de vecino, los de Científica no habían encontrado ni un solo papel autógrafo en la casa del viejo,

que se manejaba con su MacBook mejor que cualquier pendejito cibernético. Aquello de las notas con las órdenes no tenía asidero, provenía del mismo cerebro enfermo. O que se fingía enfermo. Y la inexistencia física de dichos papeles tiraba abajo cualquier hipotética defensa de aquel asesino. Un asesino serial, sí, porque eso era al fin de cuentas el iracundo ancianito que él tenía enfrente.

Lo que sí encontraron en la casa del viejo fue una multitud de recortes que tupían cada una de las paredes de su estudio: todos estaban relacionados con el asesinato de John Fitzgerald Kennedy, perpetrado en Dallas hacía más de medio siglo; incluso muchos de ellos habían sido pegados con chinches al borde de los anaqueles de la biblioteca. Más que recortes, se trataba de impresiones de fotografías, notas y artículos que el viejo había bajado de distintos sitios de la web. Según declaraba, lo hacía para entender "qué está pasando". Lisa y llanamente, otro mecanismo de defensa, esta vez por vía de la disociación. Como fuese, esas impresiones llenaban seis biblioratos tamaño XL, que Duchovny tenía ahora mismo a un costado del escritorio. Cada uno había sido etiquetado de acuerdo con el contenido, que él venía analizando y compilando: JFK / JFK II / JACKIE Y MARILYN / L. H. OSWALD / BOB / COMISIÓN WARREN. Y de una carpeta manila Duchovny sacó un recorte muy curioso que aún no se decidía en cuál de los biblioratos ubicar; si en el JFK, el JFK II o en el BOB. Su título era bastante sensacionalista, pero tenía visos de verosimilitud: LA DESAPARICIÓN DEL CEREBRO DE KENNEDY TRAE DE CAB…

—¡¡¡KENNEDY ES EL QUE ME ORDENABA QUE HICIERA LO QUE VENÍA HACIENDO!!! —gritó el viejo intempestivamente, y advirtiendo que se revolvía en su asiento y estaba por levantarse, vaya a saber con qué agresivos objetivos, Duchovny optó por oprimir el intercomunicador y hacerlo desalojar del consultorio. Mientras dos monos armados con sendas tonfas se lo llevaban, uno de cada lado, el viejo seguía gritando a lo lejos—: ¿Por qué carajo no me creen, señores? ¿TAN DIFÍCIL ES ENTENDER QUE FUE KENNEDY?

Ya solo y mordisqueando la goma de borrar del lápiz, Duchovny asoció aquel obsesivo discurso con el caso de Berkowitz; David Berkowitz, más conocido como "El hijo de Sam". A seis se había cepillado aquel hijo de puta en la Nueva York de mediados de los setenta. Y una vez el loco de mierda había dejado una carta y todo, en la que aseguraba estar poseído por un espíritu demoníaco. Después de analizar esa carta, los forenses llegaron a la conclusión de que el tipo era un perfecto esquizofrénico. Y no era para menos: Berkowitz declaraba muy suelto de cuerpo que un puto demonio había poseído al puto perro de un puto vecino, y ese mismo puto perro era quien le ordenaba cometer los putos asesinatos. Por supuesto, tal vez Berkowitz no estaba tan loco y se curaba en salud, para poder alegar demencia en caso de que lo agarrasen. Y el viejo Kraszewski, fumándose aquello de que Kennedy era quien le daba las órdenes, iba por idéntico carril.

¿Y si el viejo tenía un cómplice, al igual que se sospechaba de Berkowitz? ¿Y si no era él el cerebro

de las cinco operaciones que había perpetrado con un éxito devastador?

Todo era posible. Todo es posible en la Dimensión Desconocida. Tan posible como lo que se aseguraba en aquel artículo inclasificable, que ahora Duchovny se daba a releer:

LA DESAPARICIÓN DEL CEREBRO DE KENNEDY TRAE DE CABEZA A LA HISTORIA

El escritor James Swanson sugiere que el cerebro de John F. Kennedy, asesinado en 1963, pudo haber sido sustraído por su hermano Robert, a fin de encubrir qué medicamentos se administraban al Jefe de Estado. "No todos los testimonios del asesinato se encuentran en los Archivos Nacionales. Una pieza única pero macabra de esta colección no está allí. Se trata del cerebro del presidente Kennedy", escribe Swanson en su libro *El fin de los días: el asesinato de John F. Kennedy*. Una vez que se realizó la autopsia al presidente asesinado, su cerebro se colocó en un recipiente de acero inoxidable con una tapa de rosca.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Existen varias versiones sobre las posibles causas del robo. Los teóricos de la conspiración creen que de este modo se trató de ocultar el hecho de que el disparo había sido efectuado sobre la frente de Kennedy y no por detrás de la cabeza, como sostiene la versión oficial.

Sea como fuere, hasta ahora no existe información sobre la ubicación del cerebro del mandatario.

Duchovny miró el reloj: se había hecho tardísimo. El Departamento ya estaría prácticamente vacío un viernes, y máxime ante el feriado largo que tenían por delante. Y a él no le gustaba ni medio manejar muy de noche hasta Nordelta. Mejor dejar para mañana —para el martes, mejor dicho— lo que podía hacerse hoy.

Y entonces, cuando estaba decidiéndose a incluir en el bibliorato BOB la nota sobre el paradero del cerebro de Kennedy, hubo un estrepitoso fulgor como

de cristales rotos que no provenía en particular de ningún rincón de su oficina sino de cada metro cuadrado del cielorraso. Una luminosidad que todo lo inundaba y que crecía más y más en una miríada de agudas partículas que acribillaban de dolor la cabeza del psiquiatra. Y esos cristales relumbrantes iban adensándose y cobrando forma hasta convertirse en una silueta, en una figura humana.

El atónito y ya casi descerebrado Duchovny recordaba haberla visto hacía minutos, al hojear el bibliorato correspondiente a JACKIE Y MARILYN.

Parada junto al archivo metálico que ocupaba la pared izquierda del despacho, la figura le sonreía. Iba de frac, con un clavel en el ojal. El mismo frac que había lucido el día en que desposó a Jacqueline Bouvier, diez años antes de que —según la versión oficial del FBI— Lee Harvey Oswald le volara la cabeza con un fusil Carcano calibre 6,5 mm.

—Permítame entregarle sus órdenes, doctor —le dijo en un inglés sesentoso John Fitzgerald Kennedy al pobre Duchovny, cuya psiquis ya estaba más recontrafrita que la del propio Witold Kraszewski.

Mientras tanto, en las entrañas de su laboratorio, el doctor Gilles de la Tourette, uno de los más conspicuos miembros de la comunidad necrofílica de Buenos Aires, se felicitaba por haberse hecho, en la última y secretísima subasta internacional, de la pieza que necesitaba para poner en marcha su nueva invención. El encéfalo se había adaptado perfectamente a los dispositivos biopsicotrópicos, y el rango de frecuencia aplicado eximía a Gilles de necesitar programas hologramáticos para poder materializar a su instrumento.

El científico se restregaba las manos de satisfacción. ¿Qué fortuna no le pagaría Estado Islámico por la patente de aquella arma mortal capaz de imponer su voluntad asesina sobre cualquier candidato que se le antojase al usuario?

Y eso que Kennedy era un tipo macanudo, se dijo.

Y se puso a soñar con las catástrofes que podrían provocarse cuando lograra hacerse con el negro cerebro de Barack Obama.

BÄRENHAUS EDITORIAL

LA TERAPIA DE GRUPO Y EL INSTINTO DE CACERÍA

—Yo a todas las chicas les hacía lo mismo. A todas las desconocidas, no sé si me entienden. A todas. Tendrían que haberme visto en aquella época.

Santiago hablaba y hablaba, y a medida que iba desplegando el plano de sus humillaciones y fracasos, el terapeuta y los demás del grupo asentían en actitud de afectuoso respaldo. Desde lo alto, los aros de básquetbol lo vigilaban todo en una especie de simétrica estereoscopía: afecto a los símbolos, el licenciado Guedinsky —"Wally", como el tipo había propuesto que lo llamaran para romper el hielo— había dispuesto que el grupo se reuniera, con las sillas formando un círculo, en el "centro fundacional" de la cancha de básquetbol del Club Social del barrio.

—Nunca me animé a hacérselo a ninguna en terreno firme —seguía diciendo él, que en los últimos meses, próximo a los cincuenta y tres años, se estaba volviendo bastante locuaz—. Nunca me le animé a ninguna por la calle. Siempre se los hacía desde el colectivo, sentado y a través de la ventanilla. Y eso, de puro cag... De puro cobarde, ¿vieron?

Sonrió, confuso. Los demás, incluso Wally, alzaron los brazos en señal de indulgente aceptación. Y estaba bien: él sabía que aquello no curaría su disfuncionalidad eréctil crónica, pero al menos se sentía apoyado. Si de apoyo se trata, se dijo en un rapto de humor negro, algo es algo.

La única que permanecía impertérrita ante su relato era esa morochita quinceañera de jogging Adidas amarillo, que se había presentado como Lady Miriam. Desde que Wally le había pedido a cada uno que se presentase con el nombre que quisiera, la chica —*¿de dónde la recordaba él, tan lejanamente?*— no le había quitado los ojos de encima. ¿Por qué provenía tanta insistencia de la profundidad de esos ojos oscuros y grandes como ciruelas? ¿Tanto le llamaba la atención a aquella Lady la historia de la frustración de un viejo de cincuenta, que bien podría ser su padre? A lo mejor era de esas pendejas que se volvían locas por los jovatos. Y Santiago sonrió, con tristeza: de ser así, la pobre iba muerta si pretendía eso-que-dicen-que-todas-las-mujeres-pretenden. Y además era muy chica para integrar el grupo de terapia, pero donde manda capitán no manda marinero.

—Hubo una vez que dejé de hacerlo para siempre jamás —dijo él, rascándose incómodo la estrecha calvicie—. ¿Ustedes vieron esos perros estúpidos que salen a correr a los autos por la calle?

Todos asintieron. También —un poco— Lady Miriam, que sentada en diagonal a él no dejaba de mirarlo como hipnotizada.

BARENHAUS EDITORIAL

—El perro es un cazador nato —dijo Wally, y debió atajar su cuaderno de notas, que acababa de resbalársele por el muslo—. Y para el perro perseguir un coche significa prolongar su instinto de cacería.

—Bueno —siguió diciendo Santiago—, ¿vieron lo que pasa cuando el auto en cuestión se detiene?

Hubo un silencio tímido y general.

—El perro no sabe qué hacer —se atrevió a arriesgar la lunga narigona y de cogote estirado que durante su presentación había declarado ser organista de iglesia.

—Exacto, Luciana. —Él la apuntó con el dedo—. Eso mismo: el perro no sabe qué hacer. Y así me pasó a mí. Fue la única vez que una chica me dio bola con ese truco estúpido que yo les hacía de guiñarles el ojo desde arriba del colectivo. Fue en Plaza Mayo, cuando el 29 doblaba para San Telmo. Era de noche. Noté que la chica andaba con un grupo de gente de su edad, y se ve que estaba sin pareja.

BÄRENHÄUS EDITORIAL

—O con hambre, Santi —dijo Wally El Terapeuta Desenfadado.

—Puede ser, Wally. Lo cierto es que la señal de aceptación que la chica me hizo desde la vereda fue tan explícita, tan disimulada y erótica al mismo tiempo, que me acuerdo perfectamente lo colorado que sentí que me puse. Y eso que pasaron más de treinta y pico de años. En esos labios rojos leí que se articulaba un inolvidable "Bajate" de ojos bien abiertos. Y, como el perfecto reprimido que soy, yo no me bajé. Qué me voy a bajar. A partir de ese momento, no jodí más a ninguna. —Hizo silencio, tosió un par de

veces. Y agregó, sintiendo que la pija se le había vuelto un fideíto casereccia más diminuto que nunca—: Bueno, nada, eso. En fin, acá me tienen.

Wally empezó a aplaudir, pero muy pocos le dieron bolilla.

Y la que menos bolilla le dio fue ella, Lady Miriam.

Ella, que por fin acababa de reconocerlo. Ella, que hoy había decidido darse una vuelta por ese ignoto club de barrio, en busca de algún candidato. Ella, que ahora se pasaba la lengua por los labios sensuales mientras se decía "Mejor tarde que nunca". Ella, que aquel día remoto, de hacía más de treinta años, había tenido que sufrir, por culpa de semejante pelotudo, el peor síndrome de abstinencia vampírica que había padecido en cuatro siglos.

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL

Sobre el autor

Primer programa del canal TCyC

Lista de reproducción de los TCyC PESADILLA

Sitio oficial de Marcelo di Marco